

ASÍ ME HICE DOCENTE

Marlene Alejandra Landa Jácome ¹

Introducción

La elección de aquello a lo que queremos dedicarnos en nuestra vida adulta impacta en todo nuestro proyecto de vida y es muy común que sigamos un patrón o una línea familiar, no porque nos sesgue a ello sino porque durante nuestra infancia, todo deja una marca casi imposible de borrar.

He conocido familias que durante varias generaciones se dedican a lo mismo; a proteger un negocio familiar que requiere poner todo su empeño, esfuerzo y dedicación, pero sobre todo aprendizaje en aquello a lo que se dedicarán, por ejemplo, los ebanistas, lauderos, carpinteros, panaderos, asimismo, con las familias de docentes, donde se sabe de manera superficial que será una profesión que permitirá tener un trabajo estable, vacaciones, prestaciones, y tiempo para la familia. La realidad es todo lo contrario, principalmente en las mujeres y no quiero adentrarme en un tema de género pues sería un mar de argumentos en mencionar las diferencias o dificultades que enfrentan las mujeres docentes. Decir que la docencia es una profesión muy noble, deja muchos hilos sueltos, ya que dependiendo desde dónde y cómo se interpreta esa nobleza realmente se determina una realidad muy dura. Se tienen referentes de que no es una profesión de las mejores pagadas o al menos así es en nuestro país, donde hay una aparente estructura con el equilibrio necesario, pero sufrimos el día a día con nuestro sistema educativo, donde la realidad en una comunidad es devastadora. Y aún con ello existimos muchas personas que encontramos complicidad en ese contexto de escuela, alumnos, padres de familia y maestros.

¹ Profesora de la Universidad Pedagógica Veracruzana

Con un sin fin de retos personales, académicos, económicos y familiares, estamos en el viaje de hacernos maestros; algunos inexpertos, medio experimentados y expertos. Lo más interesante es cómo al encontrar esa identidad docente todo se vuelve posible en lo más adverso.

Desarrollo

¿Por qué soy docente?

La influencia familiar es tan fuerte que difícilmente se logra esquivar. Desde niña disfrutaba jugar en casa a los exámenes profesionales; aquellos que en los años 88-90 escuchaba realizarse por parte de una universidad dentro de la Plaza Macuiltepec en Xalapa, Veracruz. Mientras estos se realizaban, permanecía en una sala contigua donde jugaba con los trajes regionales de un ballet a cargo de un reconocido Mtro. de danza, y como dato curioso los trajes eran reparados por una Mtra. egresada de la facultad de pedagogía, pero su habilidad en la costura la había puesto en el lugar que disfrutaba.

Años más tarde, principalmente los sábados de 7:00 a 17:00 horas, permanecía en una jornada donde escuchar mencionar a Piaget, Vygotsky o Montessori era muy frecuente pues me sentaba en la parte de atrás del salón donde esperaba a mi madre quien daba clases en una universidad formadora de docentes. Esos salones eran los más bonitos, con enormes ventanas y pizarrones dobles color verde y lo más importante eran esas personas quienes llenaban esos salones, pues conocí un modelo de maestro muy distinto al actual. Quizá eso me acabó de conquistar y querer ser como ellos; creo que de manera inconsciente supe que ahí se encontraba mi proyecto de vida; había algo en este edificio y aulas que me hacían sentir segura y feliz. A lo mejor era por sus jardines, por la primera alberca que habían visto mis ojos, o la bandera más hermosa que ondeaba en la explanada central; para mí era la más grande del mundo. Así trascurría mi vida mientras cursé la escuela primaria.

Al entrar a la secundaria todo cambió: además del tormentoso trayecto de esta etapa del ser humano donde no se comprende absolutamente nada y se cree saber todo al mismo tiempo, llegó un cambio de rutina, y nuevamente una marca difícil de borrar. Mi mamá fungía como orientadora vocacional en una secundaria con pocos años de haber sido fundada. El escenario no era tan bonito como el del otro edificio, ya que se encontraba en una periferia de la ciudad donde se percibían carencias muy marcadas, calles sin pavimentar, áreas montosas, calles oscuras, pero había que permanecer ahí los jueves y viernes de 16:00 a 21:00. Lo más incómodo era tener que pasar un retén de policías dentro de un taxi con mi madre. La mayor parte del tiempo estaba fuera del cubículo que medía 3x4 metros cuadrados donde apenas cabía un locker, el escritorio de mi mamá y dos sillas una para ella y otra para el acusado, o al menos así lo percibía en ese momento. Por lo regular ese acusado-adolescente no tenía nada que decir en su defensa más que morderse las uñas y mirar hacia abajo, pues llegaba por incumplimiento recurrente en sus materias, mala conducta o inasistencias frecuentes. Algo que recuerdo es que estos alumnos etiquetados como problemáticos encontraban en dos o tres maestros refugio, atención, escucha y uno de esos maestros era mi mamá que, sin pensarlo mucho, tocaba la puerta del domicilio de ese chico de secundaria, actividad que creo se ha suspendido un tanto por la seguridad del maestro o el orientador vocacional.

Definitivamente no era un lugar agradable a excepción de los ensayos de la Banda de Guerra que me parecía fascinante y no había mejor lugar para escucharlos que desde el balcón donde se encontraba el cubículo de mi mamá. Con lo anterior quiero referir que esas vivencias fueron detonantes para pensar en ser maestra de secundaria y decretar que los alumnos me apreciaran o encontraran un apoyo emocional, jamás quise ser de los maestros a los que les tienen miedo o no hay respeto por ellos.

Por diversas circunstancias antes de entrar al bachillerato obtuve mi primer trabajo en una cadena de alimentos muy reconocida en nuestro país y por la falta de fuerza para aguantar las charolas el

sitio más apropiado fue ser botarga: vestir de un pollo gigante que pareciera estar feliz. Comparto este dato ya que fue determinante en mi decisión de ser maestra, pues veía pasar a mis maestros de la secundaria en sus vehículos los cuales si lucían más felices que yo. Con ellos reafirmaba que no quería un trabajo como ese para toda mi vida, sino un día ser como ellos.

Al salir del bachillerato en el año 2001, ingresé al Instituto de Educación Superior Simón Bolívar donde cursé la Normal Superior Incorporada a la Dirección de Educación Normal en la Cd. de Xalapa, Veracruz. En ella se ofertaban, en aquellos años, las nueve especialidades, (español, matemáticas, geografía, historia, cívica y ética, biología, inglés, física y química). Elegí la especialidad en español que, con mi insípido análisis crítico, a los 18 años pensé que sería la más fácil y resultó todo lo contrario. Sin embargo, ahora sé que fue la mejor opción para mí. Durante los primeros tres semestres de la licenciatura recibí un listado de autores que, si bien leíamos en miles de fotocopias, los sentía alejados de mi realidad, de mi contexto, en pocas palabras de mi mundo. Los pensaba ajenos a personas normales o correctamente dicho a personas regulares. Algunos de ellos son Rosa María Torres, Silvia Schmelkes, Daniel Cassany, Cesar Coll, Namo de Melo, Emilio Tenti Fanfani, Max van Manen, entre otros, pero estos dos últimos son los que más recuerdo. En los últimos años, he visto a algunos a lo lejos en algún congreso y otros hasta responden a un comentario que les hago en redes sociales, ¿esto es posible? Aún me sorprende y emociona. Bertely (2002) decía que nos aproximábamos a los libros, en mi caso fotocopias, de manera mecánica, pensando que todo lo que escriben son conocimientos únicos e incuestionables, listos para reproducirse en nuestra práctica docente. Quiero aclarar que los autores anteriormente enlistados no son mis autores favoritos, pues si de escritores se trata, José Emilio Pacheco es el número uno para mí.

La fortuna de conocer a compañeros con una gran diversidad de origen, a pesar de ser del mismo estado de Veracruz, recompensó las primeras contradicciones de la formación normalista. Por ejemplo, la rigidez en la apariencia que debe mostrar un maestro

frente a grupo de nivel secundaria, que si bien no entendía en ese momento ahora creo en la urgente orientación que necesitan los jóvenes que deciden vivir en las aulas la mayor parte de su tiempo.

Ahora tengo la certeza de que un docente contagia en absolutamente todo, desde su perspectiva ante la vida, su apariencia, su manera de ver al mundo, cómo actuar ante los imprevistos, pero sobre todo su tacto en la enseñanza. Es ahí donde hago énfasis por este texto que fortaleció a cada uno de mis compañeros normalistas y a mí en lo particular siendo un antes y después de su lectura. El tacto en la enseñanza. *El significado de la sensibilidad pedagógica*. (Manen: 1998). En él, se nos da esa herramienta para los maestros inexpertos o ya con un largo trayecto en la docencia al cuestionarnos si estamos haciendo bien las cosas o necesitamos de ese "algo", mejor dicho "tacto" que hace la diferencia en la enseñanza; cómo y desde dónde se encuentra situado, y cómo se construye entre su alumno y él la complicidad para el binomio de enseñanza-aprendizaje. Aclaro que ambos son actores en el mismo proceso, ya que como maestros nunca dejamos de aprender principalmente de nuestros alumnos. Pues como se menciona en el Horizonte Educativo de la Universidad Pedagógica Veracruzana Velasco, Toro. M. (2016) vivimos un aprender en el aprender, que se genera en todo momento aun estando dormidos, ya que aprendemos con el cuerpo.

En poco tiempo viví desencantada de la formación docente en el nivel de la segunda enseñanza ya que, en mis primeras prácticas de observación, no era paciente con los chicos de secundaria, concluía la jornada triste y deprimida. Salía del salón de clases y pensaba "¡por qué elegí esto!, no me hace feliz llegar al salón y ver a 40 adolescentes de segundo grado, salir con mi pantalón como si hubiera jugado fútbol". Esto me aterrorizó y decidí interrumpir el inicio del tercer semestre de la licenciatura para perseguir el sueño americano sin imaginar lo que me esperaba.

Perspectiva migrante de un sujeto en formación docente

Se había vivido una tragedia mundial: la caída de las Torre Gemelas el 11 de septiembre de 2001, noticia que circulaba en todos los medios y con esto una vigilancia extrema a todas las líneas fronterizas principalmente en el norte de nuestro País. sin embargo, esto no impidió la decisión de intentar un proyecto distinto lleno de peligro e incertidumbre. Había un trasfondo familiar de rebeldía y violencia en casa que pedía alejamiento.

En algún momento, quiero detallar la travesía de un viaje de Xalapa, Veracruz a Chicago, Illinois, mas ahora sólo me evocaré en el sentir del abandono a la Licenciatura en Educación Secundaria con especialidad en español, que, si bien fue en parte un desencanto por el ambiente generado en la institución, también fue por esta necesidad de buscar un mejor ingreso económico de forma inmediata alejada de cualquier tipo de violencia. Lo curioso es que después de mi trayecto en dos ocasiones por el desierto, no sé si llamarlo mi destino o gusto por enseñar, me orillaban a la docencia o a recordar de manera inconsciente textos que en apenas tres semestres se habían cristalizado en mi pensamiento.

Después de trabajar como obrera, mesera, limpia vidrios y en limpieza doméstica, por fin llegué al lugar donde me sentí segura y apreciada, aun estando presente la discriminación debo aclarar. Sin embargo, era distinto a los demás trabajos; llegué a una tienda de ropa, yo le llamo mi primera vuelta en U, ya que, al querer enseñar español a una niñita de 7 años, nieta de una de las dueñas, recurría a reproducir lo que durante años mis maestros me habían enseñado, y repetía lo que tanto me decían: un idioma no se aprende si no hay constancia, curiosidad y a la vez necesidad. Este consejo también iba para mí, la niña de 7 años y yo de 18 nos entendíamos por ese amor y tacto con el que le enseñaban a pronunciar pequeñas palabras, y es ahí donde retomé la idea de continuar estudiando.

Frente a la tienda de ropa estaba muy cercana una escuela llamada “Rosario Castellanos” en la zona sur de la Cd. de Illinois. Si bien el nombre de la Escuela no me era aún tan familiar, pensaba en

cómo serían las clases ahí, con salones más iluminados, ventilados, recursos de primer mundo en tecnología y por supuesto un maestro con mejores condiciones laborales, remunerado justamente, aspecto que impacta en gran medida el desempeño frente a sus alumnos. Fue ahí donde regresó como un chispazo en mi mente la idea de ese plan de vida que *di-soñé* en mi infancia. Así, cada día al llegar a la tienda mientras limpiaba los vidrios, pensaba que en esa escuela estaba la felicidad; esa felicidad plasmada en los rostros de los adolescentes que veía pasar en la mañana mientras yo estaba arriba de una escalera acompañada de una cubeta con vinagre lista para dejar los cristales como espejos.

La vida pasaba en segundos, la nieve se iba con ella en el mes de marzo y yo seguía aparentemente perdiendo tiempo. Llegaba la ansiedad en las noches, pensando, acompañada de mi soliloquio “-ya estaría cerca de pasar al cuarto semestre”. Un buen día de extremo calor visité por primera vez el lago Michigan y vi correr a mi lado a varias personas disfrutando de ese sol y siendo felices, cosa que anhelé como nunca. Algo recorría mi sangre: era una sensación que me es compleja describir a tantos años de ese día, pero sí recuerdo que en mi mente pasó algo y sabía lo que tenía que hacer inmediatamente.

El regreso no era tan sencillo, la presión social es como un yunque difícil de tirar al mar. Por ello decidí ir a trabajar a una zona hotelera en Isla Mujeres. Eso me permitió no llegar con los bolsillos vacíos, pues había un pequeño detalle: quedaban las cuentas pendientes de los gastos de esos tres semestres en la normal que la contraloría familiar, es decir mi madre, reclamaba. Era o devolverlos, o bien culminar esos estudios; la segunda opción fue la más viable.

Una vez incorporada en la normal, entré al sistema abierto a estudiar pedagogía. Al concluir ambas licenciaturas, cursé diplomados que fortalecieron el trabajo frente a grupo. Una licenciatura en educación preescolar y la otra en primaria para el medio rural e indígena, definitivamente fue el vinagre que más he disfrutado; curtieron parte de mí y limpiaron el alma. Sus historias, frente a grupo en las escuelas bilingües de las comunidades de Xochiojca,

Xometla, Mixtla de Altamirano, Tequila, Tehuipango, Macuilca entre otros me dieron un mundo de conocimientos, donde la interculturalidad se vivía de otro modo.

En uno de los diplomados, tuve el privilegio de como tener como maestra a una socióloga, en realidad filósofa de nacimiento. Con ella, la frase para enamorar al grupo fue “hablemos de los romanos”. Fue en ese salón donde descubrí que podemos interesarnos o no por la sociología, pero no podemos vivir sin ella, que es simplemente una ciencia atemporal.

Tres años después egresé de una maestría con enfoque inclusivo. Debo decir que me apropié del enfoque mucho después de haber egresado y una vez que logró tatuarse en mí, me daban oportunidad de dar una clase, y no había otro camino que buscar a esa mujer filósofa y socióloga que en un café me volvió a cautivar con una palabra “fenomenología” y contagiarme de esa alegría al enseñarme y explicarme todos sus esquemas en esa libreta de reuso. Pero lo que más me enseñó fue a luchar por mis sueños, por mis metas y a saber lidiar con las injusticias.

La docencia y el miedo por escribir

Pocos son los docentes que estando frente a grupo escriben ¿por qué? Yo pienso que hay un miedo a la crítica, al rechazo y a la burla que entre colegas o compañeros es difícil no encontrar y al pensamiento erróneo que quien escribe sólo son aquellos investigadores que ya han transitado una formación doctoral. Lo anterior, sin reconocer que en el día a día nos convertimos en investigadores sociales, aquellos que sin imaginar tenemos una función camaleónica, pues, además de ser el frente de los niños y jóvenes, somos los psicólogos, terapeutas, administradores, trabajadores sociales y por supuesto con habilidades de plomería, carpintería, electricistas, modistas, coreógrafas etc., siempre buscando mejorar las condiciones de nuestra escuela y el aula que acoge un sinfín de historias e hitos en cada uno de los actores que transitan ella. Pero ¿quién enseña a escribir? ¿A quién se le debe

esta magnífica posibilidad de lograr trasportarnos a cualquier lugar? Ahora puedo encontrar una lógica para que en el bachillerato no inventaran otra cosa como trabajo final que no fuera un ensayo: el escrito más difícil de elaborar desde mi punto de vista. Aclaro que esto fue en los años 1998-2001, ahora ya habrá otras innovaciones. Los maestros tienen o tenemos el mal hábito de no registrar, de confiarnos tanto a esta parte de ser o sentirnos expertos en algo y hacer todo de manera improvisada. Segura estoy de que, si fuéramos formados en la etnografía, otra sería nuestra historia, que permitiría desechar mil y un temas para escribir, ya que, cada niño, adolescente o adulto es una historia con una posibilidad de proponer de analizar de reflexionar y autoevaluar.

¿En qué momento se enseña a escribir de manera forma? ¿Quién determina los estilos? ¿Parte solo de la falta del hábito lector o hay algo más oculto en este ejercicio? El poeta chileno Roberto Bolaño decía que leer es una actividad placentera, pero escribir es masoquismo. Sin duda, lo que sí se encontrará al escribir es un desnudo del alma y de contrastes en el pensamiento, que nos harán tener pena, miedo a la burla o a la opinión. Cuando el agobio llega es muy difícil continuar escribiendo; escribir implica primero gusto, ganas, condiciones, habilidades, tiempo que nunca sobrarán. Por ello se debe convertir en una prioridad o más que eso en una necesidad que deje satisfecha el alma.

Conclusión

Ser maestro es vivir en el horizonte, el que nunca culmina, pero cada vez se ve todo más cerca y mientras más cerca se está, más ganas e intensidad ponemos a lo que realizamos. Hoy creo y confirmo que mi decisión de ser maestra fue la mejor, no porque haya logrado estar como un día lo soñé en la primaria sino porque me ha mostrado la felicidad en pedacitos y completa; la aceptación al otro, el respeto a la diversidad, a enfrentar con el menor miedo posible las tormentas que azotan sin aviso previo, a saber, cómo empezar a reconstruir mejorando cada parte destrozada.

Hoy sé que el desencanto nunca desaparecerá de las cosas que amamos pero que siempre estará la manera de encontrar la pasión de aquello que nos hace feliz, ser mejores seres humanos y mejores en el trabajo en comunidad.

Hay fórmulas no secretas para no perdernos y una de ellas es la formación y profesionalización docente. Esa que nos dice en qué momento volvemos a confirmarnos con la vocación de servir, de sentir paz al ayudar y guiar al que no encuentra su norte. Permite desnudar el pensamiento, desmenuzar que es lo que vive un profesor en su día a día, su trato y relación con sus pares y superiores.

Cuando decidí empezar este escrito empezaba un proceso difícil en mi actual cargo, más allá de las situaciones vividas, reflexioné en las reacciones que un ser humano puede tener, la falta de ética, criterio, honestidad entre otros aspectos. Ser Mtro. no tiene un gramo de facilidad, todo lo contrario, pues más que el dominio de los contenidos es el saber compartir aquello que deseamos sea apropiado por el otro. Algo importante que quiero compartir es que no existe el momento adecuado para escribir; cada idea es el momento adecuado con sus trabas y sus candados. Para mí esta convocatoria fue una linterna en la cueva del lobo que dio posibilidad de éxito o tan solo de sobrevivir.